

EL MUNDO INFANTIL DE GABRIELA MISTRAL

Ubicado el niño en un mundo hecho a la medida de sus mayores, deberá fabricarse el suyo con el auxilio de la imaginación. Responderá por su cuenta y riesgo y de acuerdo con los límites de su pequeño dominio, los interrogantes que le surjan a través de su enfrentamiento con las cosas, acomodando las dificultades, con su poderosa inventiva, para solucionarlas. Es éste el aspecto que deberá considerarse —advierte criteriosamente Gabriela de Civiny (1)— puesto que el juego incontrolado de la imaginación contribuirá a distorsionar el enfoque que de la realidad efectúe el niño en su afán de penetrar en ella y atisbar, los que para él significan, hasta ese momento, inescrutables misterios.

La solución a este problema la vendrá a dar la elección de una verdadera literatura infantil. Un buen libro en manos de un niño, responderá a éste, indirectamente, las preguntas que antes se formulara confundido, en su plano de desubicación y corregirá las aberraciones de su campo intelectual. No pretenderemos con esta actitud tronchar la valiosa existencia de la loca y febril creadora —la imaginación—; por el contrario, aspiramos a mantenerla y sustentar la necesidad de que el niño haga uso de ella con intuitivo equilibrio.

(1) Cfr.: GABRIELA DE CIVINY, *Observaciones sobre literatura infantil*, en *Revista de Educación*, Año IV, Nº 8 (Nueva Serie). La Plata, Ministerio de Educación, 1959.

Mucho menos perseguimos, al defender la existencia de una literatura para niños, infantilizar las expresiones con que se les narre, con que se les presente los diferentes hechos humanos, con que se les hable del bien y del mal, con que se les comente sobre la primacía de los nobles sentimientos y de las virtudes potenciales del espíritu humano. Las palabras que les abran la puerta del maravilloso mundo de la realidad han de ser tales que el adulto que las lea habrá de sentir palpitantes el candor y la inocencia dejados atrás muchos años ha. Advertirá que le hablan a su alma niña, aquella que ha permanecido intacta a través del tiempo físico, aquella que no ha envejecido como sus formas materiales, como su organismo vital.

Numerosos son los escritores que han dedicado parte de su labor a los pequeños lectores. Esta producción ha contribuido, de manera diversa a enriquecer la fomentada literatura infantil; a enriquecerla, decimos, pues puede considerársela, por razones hartamente justificables, real integrante de esta rama de la literatura universal.

Gabriela Mistral afirmó en cierta oportunidad que ⁽²⁾ “su pequeña obra literaria nunca fue el fin de su vida”. “Lo que he hecho —decía— es enseñar y vivir entre mis niñas.” En esta declaración sincera de la chilena insigne yace la clave genética de su poesía infantil. Difícilmente, este espíritu selecto, saturado de amor a las cosas de Dios, podía sustraerse a la tentación de escoger como elemento de inspiración al sujeto fundamental de su magisterio admirable.

En verdad los niños fueron para Gabriela, simultáneamente, fuente y destino. Fuente inagotable de su verso fresco y limpio y destino de la expresión que ellos mismos le inspiraron. Por ellos han nacido y a ellos vuelven llenos de ternura, llenos de esta palabra que con sobrados motivos sirvió

⁽²⁾ Cfr.: MANUEL DE MONTLOU, *La poesía de Gabriela Mistral*, pág. 3, Madrid, *Cervantes*, 1923.

de título a una de sus obras de este carácter: *Ternura*. En el “*Colofón con cara de excusa*” inserto en la última parte de la obra citada, la Mistral nos dice: “Continúo viviendo a la caza de la lengua infantil, la persigo desde mi destierro del idioma, que dura ya veinte años” (3). Estas palabras de nuestra autora refirman de manera concluyente nuestro juicio anterior.

Gabriela Mistral ha escrito poesías infantiles con cariño maternal, el mismo que aflora a lo largo de todo *Desolación*.

Son poesías infantiles pero no porque el tema que encierran pueda aprehenderlo una mente niña; no porque un niño pueda decirlas comprendiendo el alcance de lo que transmite, sino porque el motivo intrínseco es el niño frente a la sociedad o más aún, inversamente, de la sociedad indiferente frente al niño.

Sin embargo y con todo, muchas de ellas —sin contar las rondas, pues a ellas nos dedicaremos particularmente—, pueden ser asimiladas al mundo de las grandes cosas de un niño.

Estas primeras disquisiciones sobre la posibilidad de una clasificación, aunque más no sea artificial, nos está insinuando una primerísima distinción entre dos especies: las poesías para sus niños y las de sus niños, o más propiamente, para ser dichas por sus niños.

Para sus niños, en el sentido de ofrenda con la esperanza de que ésta fructificará cuando sea apreciada por los hombres que olvidan las necesidades de los menores humildes; para sus niños, a la manera de pequeños himnos a su limpieza espiritual, a su cristalina imaginación, como eco de sus voces asordadas por el frío, de esas voces incomprendidas por la nieve de los hombres.

No es difícil imaginar a Gabriela “*al pie de los mon-*

(3) Cfr.: GABRIELA MISTRAL, *Ternura*, pág. 164, Buenos Aires, *Es-pasa Calpe*, 1959.

tes" diciendo esta poesía suya para que "todas las piedras del mundo" transmitan su llamado indirecto a la memoria de los hombres. Y ese entretreído de voces y mezcla infinitos de cantos elevados a lo divino, son el instrumento más querido por la autora para la misión que ella ha impuesto a esta parte de su obra.

Las poesías que integran el segundo grupo, según la clasificación por nosotros establecida, podrán ser dichas, cantadas y más tarde, pensadas por los niños, sin repetir mne-mónicamente palabras ignoradas, imágenes sin forma definida.

POESIAS PARA SER DICHAS POR SUS NIÑOS

Estas poesías que aparecieron en las primeras ediciones de *Desolación* bajo la denominación de *infantiles*, serán incluidas posteriormente en " *ternura*" pero no ya bajo este signo sino bajo el rótulo de *casi escolares*. Cabe advertir que estas mutaciones en la presentación discriminada de las poesías, de las cuales nos estamos ocupando, han sido efectuadas por la misma autora, mediando en estos actos, posiblemente, razones no de orden puramente estético sino también y muy especialmente de orden conceptual y pedagógico.

El mundo del niño aparece aquí como sólo un niño poeta podría verlo; este mundo está perfectamente jerarquizado y la palabra de Gabriela puesta en el niño se dirige emocionalmente al Padre:

"Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor"

Hablando al Padre, (pág. 353) (*)

(*) Cfr.: Todas las citas poéticas están referidas a una misma edición: GABRIELA MISTRAL, *Poesías completas*, Madrid, *Aguilar*, 1958.

a la madre, a quien con versos acariciará y le ofrecerá dulzuras extremas

“Es tuyo mi cuerpo
que hiciste cual ramo
deja revolverlo
sobre tu regazo”

Dulzura, (pág. 329)

a la naturaleza entera, a sus manifestaciones estacionales, sin dejar de lado el mundo imaginativo, el de los cuentos con la enseñanza callada pero con la comparación plástica y objetiva, en *Caperucita Roja*:

“Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...”

(pág. 371)

y el pedido maravilloso y pleno de ternura en *A Noel*:

“Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina, y yo la quiero, desde
que su mamita ha muerto”

(pág. 343)

El himno cotidiano, más que himno, oración, no lejos está de ser una continuación o un principio de *Hablando al Padre*, pues si aquí el hijo no habla con tanta solemnidad al padre, sino con más cercanía:

“Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor”

le solicita:

“dame tu mano suave y tu amistad
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad”
(pág. 353)

En *El himno cotidiano*, rogando al Señor, no hablando al Padre:

“Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver
y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar
(pág. 350)

Las dos poesías, como vemos, son preces al Supremo Hacedor; en las dos se pide un rayo de Luz para no tropezar en el Camino de la Vida y entereza en los embates inevitables. Pero no olvidemos que la obra de Gabriela Mistral, está íntimamente ligada y esta poesía infantil, no puede desprenderse del resto; ella misma en *Excusa de unas notas de Tala*, nos asegura: “Lleva este libro algún pequeño rezago de *Desolación* y el libro que le siga —si alguno sigue— llevará también un rezago de *Tala*. Así ocurre en mi valle de Elqui, con la exprimadura de los racimos. Pulpas y pulpas quedan en las hendiduras de los cestos. Las encuentran después los peones de la vendimia. Ya el vino se hizo. Y aquello se deja para el turno siguiente de los canastos...”⁽⁵⁾

Si las exprimaduras de su fuero íntimo se mezclaron unas con otras, pasadas y actuales, no es forzado imaginar

⁽⁵⁾ Cfr.: GABRIELA MISTRAL, *Tala*, pág. 151, Buenos Aires, *Losa-da*, 1953.

que pulpas de una misma cosecha dejen en su huella, el sabor de los frutos sucesivos.

Por eso pensamos que la oración que el niño dirá, la habrá pronunciado y rezado numerosas veces, a solas, la autora y ese pedido de "amor al gozo y a la agonía" que el niño deberá formular cotidianamente, son un reflejo del infatigable y continuo que ella misma habrá practicado en su ejercicio con la vida:

"Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la lámpara,
Tú no sigas callando"

Tribulación-Desolación (pág. 77)

Descubrimos en ese "dar sus razones entre la materia alucinada" —en *Excusa de unas notas de Tula*— algo que retrospectivamente nos resulta valioso para situar a Gabriela frente al objeto y a la vez sujeto de su poesía infantil. Explicando la presencia de "rimas internas" en *Nocturno de la consumación* y el motivo de no haberlas rechazado, dice que "aunque rabie con ellas el de oído retórico, el niño o Juan Pueblo, criaturas poéticas cabales, aceptan con gusto la infracción" (6).

PRESENCIA DE LO NATURAL EN SU POESIA

No estábamos tan lejos entonces cuando decíamos que hay mucho de niño-poeta en la poesía infantil de nuestra autora. Gabriela Mistral ha vivido amando la naturaleza y sus expresiones más supremas se han ido mezclando como voces internas en su sangre, se han ido entretejiendo en su propia piel y el *Todo es ronda* es la ronda de toda su alma y

(*) *Idem*, pág. 153.

de todo su pensar comparativo, infinito y divino. Su niñez habrá hablado con el cielo, habrá compartido las penas y las alegrías pequeñas con la paradójica grandeza de todo un mundo de colores en una gota de agua, habrá enviado mensajes con las nubes, habrá acariciado el tronco de un árbol y la lágrima de la niña frente a la palabra a la vez muda y ensordecedora del verde y del celeste, ha sido la primera manifestación de su lirismo poético.

¿A qué otra cosa podrá cantar un niño, después de hablar con Dios y ofrecer mieles infinitas a su madre, sino a toda la ronda que le rodea y que le canta con su jerga alada?

“El niño debe devolverles ese canto que el árbol, la nube, el nido, la nieve, le ofrecen cotidianamente” —se habrá dicho Gabriela—. Cómo no iba a pensar que el niño fuese la “criatura poética” por excelencia, si su vida niña habrá sido un canto (de gozo o de agonía, no sabemos) penetrado en toda su obra; Gabriela lleva en sí, prendido, como llamita de calores tiernos el extracto del reinado de la inocencia junto a la amargura de las edades últimas y por eso nos dice: “Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez— pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia” (7).

¿Deberemos excusarnos por citar tan frecuentemente notas de una obra posterior a la que estamos tratando? Ya hemos dicho de forma diferente y hemos recordado lo afirmado por la misma autora, qué es lo que deriva de la totalidad e integridad de un hacer estético y lo que esto en sí significa. El sabor añejo de la pulpa se unirá por las hendidias de cada expresión a la palabra presente, actualísima.

Estamos tratando de desentrañar la poesía infantil, rama de la “inmense encina” de *Desolación* y decimos y expresamos sinceramente lo que creemos vislumbrar, lo que sos-

(7) *Idem*, pág. 157.

pechamos asoma insistentemente y se convierte en resina purísima. Rastreamos en lo posterior y esperamos que nos salte al paso el duende para pedirle que nos acompañe un trecho y desaparezca enseguida. Detrás de la sombra necesitamos luz para sorprender a la “verdad verídica”.

A esa nieve que con presencia tan asidua purifica de arco iris toda la obra, a esa del valle de Elqui —¿la misma de su viaje universal?— que limpia el rostro con su temperatura inusitada y que irradia calor por su sol interno, el niño cantará, por boca de Gabriela y pedirá atención a los hombres en el mensaje que el Señor les envía. Y cantará a las nubes blancas que son también “vellón nevado” como es nevada la barba en vellones de Noel, y son por relación con lo supremo, ovejas del Señor que esperan el mandato para avanzar, pero no el del viento errante sino, y a esto se inclina la autora finalmente, el del Dueño que está detrás “del oro trémulo de la trémula estrella”.

Y *Plantando el árbol* no dejará de advertir que:

“le entregaremos ahora
a la buena Agua y a vos
noble Sol, a vos, señora
Tierra y al buen Padre Dios”

y que:

“El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor:
en la tempestad sereno
y en toda hora amparador”

(pág. 332)

pues de otra manera no cabría en el pensamiento de la poetisa, la elevación de toda la naturaleza.

El solidario pedido al Divino se reiterará cuando ruegue:

“Dulce Señor! por un hermano pido
indefenso y hermoso: por el nido!”

Plegaria por el nido (pág.334).

Y todo su espíritu múltiple se ramifica y se detiene en las infinitas facetas del diamante universal: la naturaleza; y es tal su detención en todo ese mundo —árbol, sol, nieve, tierra, nido, pájaro—, en fin, todas esas fibras que constituyen sus irradiaciones más íntimas, que su panteísmo —recreando la expresión de Lugones— propio de todo verdadero poeta, hace que éste no aparezca en su obra como un mundo inferior dentro de la llanura terrena sino que se encuentra en el mismo plano que la autora y los componentes de ese mundo son sus hermanos y todos ellos hijos de Dios.

Es así cómo podemos explicarnos:

“Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que se inflan como un tul
asomáis, cual mujeres, los rostros preguntones
tras la colina azul”

y que el poeta solicite “se le confíe el divino ganado”:

“Ha bajado la nieve, divina criatura
el valle a conocer”

Mientras baja la nieve (pág. 324)

o:

“A tu vida me consagro;
descansarás en mi amor.
Qué haré que valga el milagro
de tu fruto y de tu flor”

Plantando el árbol (pág. 332)

y también:

“Tú que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas

Guarda su forma con cariño
y caliéntelo tu pasión.
Tirita al viento como un niño
y se parece al corazón”.

(pág. 334)

Y el ruego que es divino para los hermanos poéticos, se vuelve hacia ellos en acertada prosopopeya cuando es personal. Se detiene en la copa fresca de un árbol:

“Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia.

Haz que revele mi presencia
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida”

(pág. 347)

se difunde en la maraña multicolor de la estación septembrina bajo la vestimenta de una metáfora inmediata:

“Doña Primavera
de manos gloriosas
haz que por la vida
derramemos rosas:

que tiende a transparentar el término de enlace:

“Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación”

Doña Primavera (pág. 336)

y se disuelve en la estival atmósfera del “dueño de hornos”
Y si dijimos que la elemental naturaleza contiene a sus her-
manos, considerados poéticamente humanos, sus fraternos la-
zos escalan una nueva grada que los convierte en signos di-
vinos.

Verdad es que cuando el niño lea sus poesías o las reci-
te ante espectadores familiares, apenas intuirá la presencia
material de los protagonistas y desconocerá casi totalmente
el mensaje divino, que la poetisa, considerándolos mediado-
res de una unidad terreno-celestial, les adjudica. No creemos,
sin embargo justificables las palabras de la autora, refirién-
dose a estas poesías: “Cuando leo mis poesías más o menos
escolares, y más aun cuando las oigo en boca de un niño, sien-
to una vergüenza no literaria sino una quemazón real en la
cara. Y me pongo, como los pecadores atribulados, a enmendar
algo, siquiera algo: dureza del verso, presunción conceptual,
pedagogía catequista, empalagosa parlería” (8). Estos bellos
mensajes dirán sus vocecitas llenas de altibajos sonoros y su
repetición y comprensión posterior los moverá a que abando-
nen la piedra que su manecitas escondían para atacar el
nido:

“...“desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia”
(pág. 334)

y con sus opos puestos en lo alto hacia otros ojos, verdaderos
puentes hacia Dios, exclamará:

“Ojitos de las estrellas
abiertos en un oscuro
terciopelo, desde lo alto,
me veis puro?”

(8) Cfr.: GABRIELA MISTRAL, *Ternura*, etc., págs. 163 y 164.

y confirmará su inflexible promesa :

“Ojitos de las estrellas,
postrado en la tierra, os juro
que me habeís de mirar siempre,
siempre puro”

Promesa a las estrellas (pág. 325)

Pero nunca desde más cerca de sus almitas nacerá el canto del amor, hecho “enjambre de besos”, cuando, ya más perfeccionado el don de la palabra silenciada, el amor lo griten los ojos, “aquellos que los tienen que gastar en seguir por los valles, por el cielo y por el mar” a las raíces de sus vidas.

Y si las canciones de cuna son el extractum emocional del canto maternal, las canciones que podríamos denominar de amor filial:

“Madrecita mía
todito mi mundo
déjame decirte
los cariños sumos”

Madrecita mía (pág. 329)

extractan en intercambio continuo, de madre a hijo, la melodía con que los niños habrán de arrullar simbólicamente a sus madres.

Y esa ternura efectivizada en caricias, se convertirá en la promesa de un futuro, paralela a la formulada a las estrellas:

“Madre, cuando sea grande
ay! qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos
como el zonda al herbazal”

Obrerito (pág. 163)

y nuevamente, confirmando nuestra idea anterior, el arrullo recompensado:

“o te acostaré en las parvas
o te cargaré hasta el mar
o te subiré las cuestras
o te dejaré al umbral”.

Obrerito (pág. 163)

El canto del niño dirigido, como hemos dicho, a los “hermanos poéticos” de la autora, quien aspira a que todos los hombres, especialmente los infantes, los sientan también suyos, será constructivo y elocuente cuando repita la palabra de la apóstol magistral, hacia el que cumple sobre la tierra fértil, la tarea que ella practica sobre el alma-niña:

“El sol te bendice y acariciador
en el viento, Dios, te besa la frente
hombre que echas grano, hombre creador
prospera tu rubia simiente!”

Echa la simiente! (pág. 321)

Pero si el mundo de las promesas y de las aspiraciones sumas es objetivo esencialísimo en la jerarquización del universo infantil creado humanísticamente por Gabriela, unida intrínsecamente a él se halla la figura religiosa de “*El Ángel Guardián*”:

“que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van”
(pág. 341)

que más que por su función de preservación material y moral del cuerpo y del alma, por la de veedor de la lucha interior y de la oscura intención, se acerca por camino ideal a la de los imaginativos ojos de las estrellas:

“ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora”
(pág. 325)

De toda esta ejemplificación ordenada hacia el encuentro de nuestro horizonte crítico, se desprende objetivamente que Gabriela ha hecho con su propio mundo el mundo del niño, pero no sólo con el de su presente poético, el que reverdece y se repite incesantemente en toda su obra, sino también con el de su infancia lírica, el de los sueños más alegres y más tristes; pero ese mundo es divino no únicamente por la palabra musical con que construye su verso, sino principalmente por ser proyección del centro de toda la creación universal: Dios, a quien aunque considere como tal, no dejará por ello de reclamarle:

“Padre nuestro que estás en los cielos
¿por qué te has olvidado de mí”?

Nocturno (pág. 79)

POESIA PARA SUS NIÑOS

La reivindicación humana y la purificación de los sentimientos hacia los seres de la naturaleza (animados e inanimados) elevados al nivel humano; la exaltación de las virtudes, impresa en la comparación objetiva y en la metáfora delicada y armónica, considerando como elementos de relación esos mismos seres, encuentran su término complementario en las poesías que al comienzo de este estudio ubicamos entre las “Para sus niños”.

La ceguera de los hombres ante el candente problema social de la niñez que calla y mira con ojos que dicen el poema más doloroso, frente al paso del que transita indiferente, y un pedido de amor, de positivo amor a la niñez humilde, son la síntesis de los principales motivos que han dado vida a esas poesías.

“*Piececitos*” y “*Manitas*” resumen las dos partes del pequeño cuerpecito que estremece el mirarlas y que verlas

despojadas de abrigo y de la total caridad, provoca el justo reproche y la exclamación indignada:

“Cómo os ven y no os cubren!
Dios mío!”

“Cómo pasan sin veros
las gentes!”

Piececitos (pág. 317)

“Manitas de los niños
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas”

“Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelven el mundo,
benditos!”

Manitas (pág. 319)

En la nota que se refiere a la primera edición de *Tala - Razón de este libro*— la esencia de esta humanitaria protesta se hace prosa altísima; aludiendo a la migración de los niños vascos dice: “Es mi mayor asombro, podría decir también que mi más aguda vergüenza ver a mi América Española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos” y más adelante: “. . .nuestras playas, acogedoras de las más duras emigraciones, no han tenido un desembarcadero para los niños errantes de la desgraciada Vasconia. . .” “Es la primera vez en mi vida en que yo no entiendo a mi raza y en que su actitud moral me deja en un verdadero estupor” (°).

(°) Cfr.: GABRIELA MISTRAL, *Tala*, etc., pág. 149.

En este sector poético, en este imperativo de amor formulado en cantos de ternura inconfundible, encontrará respuesta la interrogante de González Lanuza: "De qué modo había ella aludido a sus necesidades económicas, a sus resentimientos políticos o sociales, cuál de esos directos estímulos había interesado" (10).

Encendida es la palabra de Gabriela cuando por su hermano nido ruega:

"tiritita al viento como un niño"

y encendida también por "la flor de la luz viva", cuando exalta el signo de la indigencia y de la ingratitud.

Ahí está el alma de Gabriela, ahí está su canto interior hecho plagaria por los otros; allí una vez más encontrarán los niños, en la prolongación de esa alma y en la exteriorización de ese canto, el consuelo hecho voto en el *Decálogo del Artista*:

VII: "Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres" (11).

TODO ES RONDA

Pero el grito alegre y la esperanzada armonía entre los hombres se abre paso entre la oscuridad del silencio mezquino y la tierra íntegra se cubre de lazos infantiles que cantan la ronda del amor universal.

Estas rondas de niños, a las que su autora califica de "balbuceo" —para nosotros prodigioso—, además de ser verdaderas notas rítmicas que acompañan el juego saltarán de cadenas infinitas, con formas caprichosamente circulares,

(10) Cfr.: EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA, *Detrás de Gabriela*, en *El Hogar*, Año LIV, Nº 2459, pág. 52, Buenos Aires, 18 de Enero de 1957.

(11) Cfr.: GABRIELA MISTRAL, *Desolación*, pág. 176. Buenos Aires, *Espasa Calpe*, 1960.

caracoleadas y elásticas, poseen muy dentro un profundo significado de solidaridad humana.

Porque para Gabriela, la ronda, ese balbuceo magnífico, es símbolo de unidad de todos los hombres.

Los niños forman su ronda por los campos y ésta lentamente va extendiéndose, adquiriendo la longitud de toda la vuelta por la tierra. Pero salieron los niños, y entonces sus madres, tiernamente celosas de sus capullos, correrán tras ellos y se unirán a la ronda, y a ella luego todos los hombres, cumpliéndose la ronda universal.

Las rondas de Gabriela no se detienen en un lugar; caminan, corren, dan la mano a todas las manos del mundo y ese correr incesante, y esa cadena infinita, ronda a la naturaleza, quien una vez más elevada al grado de humanidad, acompañará en la ronda a los hombres. La tendencia de nuestra autora a concebir la simbiosis hombre-naturaleza, traducirá cada expresión de la naturaleza en una ronda, posición que la llevará a componer el *Todo es ronda* :

“Los astros son rondas de niños
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son tallos de niños
jugando a ondular... a ondular”
(pág. 240)

Y tanto es ronda todo para la autora que las palabras entretejidas presurosas, juegan a mezclarse de manera un tanto caprichosa y a veces esa hipérbaton turba la expresión de la frase:

“Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir”?

Invitación (pág. 215)

“Los niños se fueron al campo
la roja amapola a cortar”

Ronda de la paz (pág. 229)

“Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar”!

En dónde tejemos la ronda? (pág. 216)

Pero el agua limpia del manantial, el aire depurado que se respira al pie de los montes o el verde renovado y ardoroso de los bosques aclaran la imagen rápida y sonora de la ronda sin par.

La ronda en la colina es una “inmensa margarita” y entonces se repite nuevamente la conjunción, ronda indisoluble, tan perseguida por nuestra querida Gabriela:

“Ven una margarita blanca
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina”

La Margarita (pág. 218)

que nos recuerda a “*El Corro luminoso*” —sus niñas con delantal blanco—:

“En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!”
(pág. 241)

La ronda atrae, y tira, y rompe barreras y penetra en los montes, bosques, mares, colinas, de todas las naciones y extienden su mano a la que se unen una y otra y otra más, hasta hacerse la rondainfinita; la ronda de sus libertades y de la fraternidad universal:

“Haremos la ronda infinita;
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar

En dónde tejemos la ronda? (pág. 216)

sentimientos que el alma de Gabriela albergaba maternalmente, y que defendía con firmeza y convicción.

Todas las manifestaciones físicas que unidas constituyen la fundamental naturaleza se dan cita en esta danzarina y musical alegría que desborda del pecho tierno de Gabriela:

“Azul loco y verde loco
del lino en rama y en flor.”

“El amarillo se viene
grande y lleno de fervor

“Y por fin se van siguiendo
al pavo-real del sol,
que los recoge y los lleva
como un padre o un ladrón”

Ronda de los colores (pág. 222)

“Mirando hacia lo alto
todas ahora están,
una mitad llorando,
riendo otra mitad.

¡Ay, mitad de la rueda,
ay, bajad y bajad!
o nos lleváis a todas
si acaso no bajáis”.

Ronda del Arco-Iris (pág. 225)

en donde el título dilucida la intención descripta de la autora, y

“Baila con llamaradas
la gente mineral:
Van y vienen relámpagos
como en la tempestad”

“La ronda asusta a ratos
del resplandor que da,
y silba la Anaconda
en plata y en timbal”.

Ronda de los metales (pág. 285)

Pero algo falta que unifique ese binomio universal “hombre-naturaleza”; por ello, consecuente la autora con su pensar, le da forma de resplandor enceguedor y de presencia turbadora, a lo sobrenatural:

“Danzando, danzando,
la viviente fronda
no lo oyó venir
y entrar en la ronda!”

“Ya es silencio el coro
ya ninguno canta:
se oye el corazón
en vez de garganta.
Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer”

Jesús (pág. 231)

La ronda que comienza con el alba continúa en pie hasta las primeras rosas del ángelus; esa Ronda que Gabriela soñó y forjó infinita en el espacio como alfarera divina, proyectando poéticamente la armonización de los pueblos de la tierra, se prolongará infinitamente en el tiempo con el eco de las voces infantiles que supliendo valerosamente a la de Gabriela, subirán afanosamente al pie de los montes y será cual si todas quisiesen las piedras del mundo cantar. Y la ronda de “manitas” que se aprietan unas a otras y de “piececitos” que hacen “gemir a la tierra cual madre” y que

“ella misma besa”, será ronda de voces niñas en el tiempo inacabable, celestial mensaje de amor de una época a otra.

Su nudo se atará y se desatará y enlazará a su paso a la estrella, a la nube, al árbol, a Dios, en un gran abrazo que reducirá distancias y acercará los puros afectos.

CANCIONES DE CUNA

En estas canciones y “en la mayor parte de las poesías *Infantiles* la poetisa ensayó el arte de engañarse y trató de dar colocación a su ternura” (12); en ellas el cariño maternal llega a su máxima expresión. En cada una aparece palpitante la madre que sintió muy dentro la autora y que no quiere alejarse de su “velloncito de carne”.

La madre que musita la canción y el hijo acunado sintetizan todas las madres y todos los hijos de la tierra, a pesar de que a veces ese hijo haya caído del cielo y tenga forma de estrella:

“Luz echa su cuerpo
y luz sus pupilas
y la miro y lloro
que es mía y es mía

Estrellita (pág. 211)

o que lo haya encontrado “cuando al campo iba”; por ello teme que con el sueño desaparezca el maravilloso hallazgo:

“y por eso temo,
al quedar dormida
se evapora como
rocío en la viñas”

Hallazgo (pág. 156)

(12) Cfr.: JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Gabriela Mistral, su vida y su obra* en GABRIELA MISTRAL, *Poesías completas*, págs. LXIII y LXIV, Madrid, *Aguilar*, 1958.

Ese temor lo tuvo Gabriela; “su ansia insatisfecha de maternidad” (13) habrá labrado imaginativamente la presencia del vellón delicado y habrá temido que el otro sueño le substrajera la dicha de vivir el más hermoso y el más deseado.

Y el miedo instintivo de perder el tesoro, se hace poética negativa:

“Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan

“Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa

“Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina”

Miedo (pág. 262)

y ternísima prevención:

“No resbales de mi brazo
duérmente apegado a mí!”

Apegado a mí! (pág. 163)

La naturaleza toda, infaltable en las afecciones más supremas de Gabriela, se alía en emocional conjunción al arrullo maternal y con sus expresiones físicas sincronizadas, contribuye a que el “pícaro sueño” pronto llegue:

“Porque duermas, hijo mío
el ocaso no arde más:

(13) Cfr.: FEDERICO DE ONIS, citado por JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Gabriela Mistral, su vida y su obra*, en GABRIELA MISTRAL, *Poesías completas*, pág. III, etc., 1958.

por que duermas, hijo mío
el camino enmudeció!”

La noche (pág. 164)

Y la ronda de esa naturaleza acuna al niño:

“Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo”

Me tuviste (pág. 165)

Pero en esa ronda, como así también en ese jerarquizado mundo infantil, humanizado y a veces también con reflejos divinos, está su centro de proyección, su punto más alto, su Director:

“Duérmete, mi niño
duérmete sonriendo
que es Dios en la sombra
quien te va meciendo”
(pág. 165)

De esa mezcla de arrullos terrestre y maternal, surge un paradójico mecer:

“duérmete sonriendo
que es la tierra amante
quien te va meciendo

“Yo no sólo fui meciendo
a mi niño en mi cantar
a la Tierra iba durmiendo
al vaivén de mi cunar”

La noche (pág. 164)

No en vano Gabriela ha dicho que “la mujer no sólo oye respirar al chiquito; siente también a la Tierra matriarca que hierve de prole. Entonces se pone a dormir a su niño de carne, a los de la matriarca y a sí misma, pues el “arrorró” tumba al fin a la propia cantadora...” (14). El ansia de repartir caricias que, más tarde devolverá el niño en “dulzuras extremas”, convierte el acunar en mecer infinito.

Y si el “Todo es ronda” nació de la concepción de la simbiosis hombre-naturaleza, *Meciendo*, debe su existencia a razones semejantes; la poetisa concibe a los integrantes de la naturaleza, solidarios en su cunar en actitud maternal de mecer:

“El mar sus millares de olas
mece divino”

“El viento errabundo en la noche
mece a los trigos”

Y el Dueño de las nubes, el de resplandor enceguedor, el que acalla las gargantas, cuando se incorpora a la ronda, mece a todo el universo:

“Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido”

Meciendo (pág. 153)

Es así como vemos la obra dedicada a “sus niños” de la chilena universal. Penetrar en la esencia misma de su poesía infantil ha sido nuestra pretensión. Creemos haberla expuesto a través de este trabajo, y con las premisas y conclusiones que en él desarrollamos, esperamos haber dejado senta-

(14) GABRIELA MISTRAL, *Ternura*, pág. 158, etc., 1959.

da debidamente la inclusión de esta parte de su obra dentro de una real literatura infantil. Resta a nosotros la tarea de poner estos sucesivos cantos de amor en manos de los pequeños lectores. Cualquiera de ellos podrá considerarse el actor de su palabra, el que ruega, el que pide por los otros, el que habla a la naturaleza toda y la incursión conciente del niño por estas páginas queridas, completará uno de los tantos ciclos evolutivos de la aprehensión del mundo que lo rodea, de la penetración de la realidad que sus ojos admirados contemplan.

ALICIA RAQUEL SAVOIA

San Martín 187, Paraná

4

